

Nº 78

(Leg. I - P. 4º)

Higiene pública.

p. 10

Es la medida de la civilizacion
de los pueblos.

Handwritten text at the top of the page, possibly a title or header, written in a cursive script.

IN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Handwritten text in the middle section, appearing to be a list or a set of instructions.

Handwritten text at the bottom of the page, possibly a signature or a date.

Guadernos 4 - 49

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL SEÑOR

DON CASIMIRO OLÓZAGA,

Licenciado en Medicina y Cirujía,

en el acto solemne de recibir la investidura de Doctor en dicha facultad.



MADRID:

Imprenta de José M. Ducazeal, Plaza de Isabel II, núm. 6.



HTCA

U/Bc LEG 1-4 nç78



1>0 0 0 0 2 6 3 4 3 0

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL SEÑOR

DON CASIMIRO ORTEGA.

Discursus in Medicina et Chirurgia.

Non tuum moveat sed commune commodum.

en el acto solemne de recibir la investidura de Doctor en dicha facultad.

MADRID



me han precedido, pero creo que juzgaréis con benignidad mi memoria, si en ella os demuestro al menos el deseo de complacerlos.

El asunto que tengo el honor de presentar á vuestra ilustración, es:

LA HIGIENE PÚBLICA ES LA MEDIDA DE LA CIVILIZACIÓN DE LOS PUEBLOS.

Excmo. Señor.

CUANDO tantas veces se han esclarecido en este sitio por el filósofo, el médico, el jurisconsulto, las cuestiones mas interesantes de sus respectivas ciencias, permitidme que hoy os pida vuestra benévola atención sobre una materia, que si siempre fué del dominio de la Medicina, no interesa menos á todos los hombres científicos por su objeto, por su utilidad, y por su íntima conexion con todas las ciencias. No tengo la esperanza de dejaros el grato recuerdo de la erudicion y el saber, que reconozco en los que

me han precedido, pero creo que juzgareis con benignidad mi memoria, si en ella os demuestro al menos el deseo de complaceros.

El asunto que tengo el honor de presentar á vuestra ilustracion, es :

LA HIGIENE PÚBLICA ES LA MEDIDA DE LA CIVILIZACION
DE LOS PUEBLOS.

EL instinto de conservacion, no solo es el móvil de todas las sociedades, sino que además dirige los actos de la vida individual. Todo lo que la humanidad nos revela en todos los tiempos, tanto en el órden físico como en el moral, es la espresion de su lucha contra los elementos de destruccion, lucha en la que las generaciones se reemplazan y cuyo objeto final es la vida bajo todas sus fases.

Así es que en las épocas mas remotas encontramos el origen de la ciencia, que tiene por objeto guardar la salud del hombre, y que con el nombre de higiene forma hoy una de las ramas mas principales de las ciencias médicas.

Bajo la forma de ordenanza religiosa y de prescripción civil, se reconocen ya preceptos higiénicos y de alguna importancia en el pueblo de Moisés y la patria de Licurgo: el uno invoca el nombre de Dios para que sean respetados, y los acomoda al objeto que se propone; el otro á la patria y seguridad del Estado, por la conservacion de la fuerza y la virtud; y el desenvolvimiento de las fuerzas era la base de un sistema de educacion física adoptado por los filósofos y legisladores, como indispensable para desarrollar el instinto guerrero de los pueblos libres de la Grecia. Los romanos tenian, con el nombre de Ediles, una magistratura municipal encargada de la salubridad de las villas y habitaciones; y lo que todavía se conserva de los acueductos y los sumideros que hacian construir, nos da una idea de su excelente administracion; sus baños, sus gimnasios, no dejan de ser notables; en fin, no hay pueblo, no hay nacion por pequeña ó grande que sea, que no nos represente en sus costumbres, en sus leyes y hasta en sus monumentos, un sistema sanitario en armonía y exacta relacion con el grado y clase de su civilizacion: así es que en la sociedad antigua, puramente materialista (á pesar de algunos de sus filósofos), en que el imperio de la fuerza bruta era el principal elemento de prosperidad y grandeza de las naciones, se procuraba llevar á su mas alto grado el desarrollo de las fuerzas físicas: compárense

las instituciones creadas despues bajo la influencia del Cristianismo, que establece el principio de espiritualidad y el castigo del cuerpo, pero que al mismo tiempo respeta la vida individual y hace iguales á todos por su origen, por su destino y por la inmortalidad del alma: la diferencia es muy notable. La tribu de los ancianos, que condenaba á muerte en Grecia al recién nacido que parecia débil para sostener algun dia la defensa de la patria, y los circos gimnásticos en que el robusto pasaba el dia ejercitando sus fuerzas, son reemplazados por los hospitales, por los hospicios, para socorrer al anciano y curar al enfermo; pero todas las medidas sanitarias, todo lo que hay de higiénico en los usos y costumbres, que demuestran el espíritu de conservacion que anima á los individuos como á las masas, era instintivo, era una higiene espontánea; y aunque en la antigüedad hay un génio que los médicos recordamos siempre con veneracion, Hipócrates, que fundó, digámoslo así, la higiene científica, deducida de la observacion y la esperiencia sobre las leyes que presiden los movimientos orgánicos del cuerpo humano, preciso es llegar á la época en que empieza el cultivo y desarrollo de las ciencias para conocer los progresos de la higiene.

¿Cuándo han sido, en efecto, mas conocidas las condiciones de nuestra conservacion personal, sino en la época en que la física, la química, la fisio-

logia y la antropología han hecho nuevos y grandes descubrimientos? Lavoisier, Laplace, Vik d'Azir, descubriendo el secreto de la composición del aire, inventando el termómetro, averiguando la identidad de la respiración con los fenómenos de la combustión, han dado á conocer, como otros célebres hombres en los anales de las ciencias, la naturaleza y los efectos de los modificadores tanto físicos como morales de nuestro organismo. La higiene, apoderándose de todos estos datos, deduce las reglas verdaderas de conservar la salud y la vida del hombre. Hé aquí, pues, la estrecha relación de todas las ciencias; todas se ausilian, todas se reúnen y tienen un objeto común; la vida, el bienestar de la especie humana.

En vista de esto no podrá negarse que la higiene es hija de la civilización, ni dudar de su importancia y utilidad, aunque la consideremos limitada al individuo, ó sea la higiene privada. Pues bien; consideradla en más extensión, haced que comprenda la sociedad entera; su objeto entonces es más elevado, es más importante; estudia, examina todas las influencias físicas y morales que gastan el cuerpo social para regularizarlas, para dirigir las en beneficio de la conservación común y hasta para mejorar nuestra especie: tal es lo que se propone la higiene pública.

Puede decirse que si la higiene privada revela la

civilizacion, la pública marca las condiciones del progreso social. Toda cuestion moral, toda cuestion política ó religiosa es una cuestion de higiene pública, porque todas las cosas humanas estan bajo su dominio, y las analiza bajo el aspecto de conveniencia y utilidad para la salud de los pueblos, para su felicidad y tranquilidad.

No puede llamarse civilizado el pais en que la higiene pública no sea perfectamente desarrollada y observadas sus reglas; como no podria menos de llamarse insensato ó estúpido al hombre que en nada estimára su vida y despreciase los medios de conservarla.

La estadística y la economía política son el punto de apoyo para resolver las cuestiones mas importantes. Un rápido exámen de los infinitos casos en que ella interviene, bastará para demostrar lo que acabo de consignar. Abrase la historia y nos recordará los tiempos en que los tifus, la peste, la lepra, la fiebre amarilla y otras muchas epidemias que hoy no son conocidas, diezaban poblaciones enteras. Gracias á las precauciones sanitarias, la peste está encerrada en su cuna, la fiebre amarilla no sale de las Antillas, y quizá no sea aventurado decir, que perfeccionándolas mas y mas, el cólera morbo, que todavía aflige á la Europa con frecuencia, sea tambien contenido en su foco. Sin la higiene pública, los establecimientos funda-

dos por la caridad cristiana para consuelo de la humanidad, como los hospitales, hospicios, etc., serían lugares destinados para recibir una muerte segura los que en ellos se acogiesen, y centros de infeccion para la poblacion entera; las ciudades y villas que se resienten de la época de ignorancia en que se formaron, por sus calles estrechas y tortuosas, su sistema defectuoso en la distribucion y corriente de las aguas, y otros defectos que influyen sobre la salud pública, no serían reformadas. Sabido es que los alimentos y bebidas, como los establecimientos en que se despachan, hacen sufrir enfermedades á una clase numerosa de la sociedad, ya por las alteraciones nocivas en la calidad de aquellos, como por la incuria y desaseo de estos. ¡Cuántas veces el infeliz jornalero recibe el veneno con el vino que usa para reparar sus agotadas fuerzas, ú olvidar quizá con la alegre escitacion que le produce, su desgraciada suerte; veneno que irrita las membranas de su estómago, altera las cualidades de su sangre, y acaba por abreviar el término de sus dias! El pan puede ser sometido al fraude, para prestarle el color y peso marcados por la ley; y ¿habrá, señores, para el legislador un objeto de mas interés y que mas reclame una medida represiva en el grado que merece semejante crimen?

La educacion pública y privada influyen en la

salud de la juventud por las condiciones especiales de la vida colectiva en los establecimientos en que se recibe, ó por los métodos viciosos de la enseñanza; no es indiferente para la vida del jóven ni á la instruccion en general, que empiece su enseñanza en una edad muy tierna, y se exija de las fuerzas de su inteligencia lo que esceda de su natural evolucion y desarrollo, siempre mas lento que lo que generalmente se cree. ¿Qué gobernante puede dispensarse de consultar en esto á lo que la ciencia enseña para evitar las malas consecuencias? La prostitucion, la peor de las epidemias, el veneno que corroe la sociedad, engendra males rebeldes y hereditarios que destruyen la salud del hombre, y hace raquíticas y miserables generaciones enteras, es contenida en sus efectos por la higiene pública; poniendo bajo su vigilancia é inspeccion á la prostituta, impide la propagacion de sus males á lo mas florido de la sociedad, aunque parezca escandaloso todavía ante los ojos del preocupado semejante medio; con los datos exactos que la suministra la estadística, enseña á los gobiernos dónde está su origen; á ellos, pues, corresponde el destruirla: mejorar la educacion doméstica de las mugeres de la clase media é inferior; elevar algo mas su instruccion; vigilar los talleres; hacer posible la subsistencia independiente de la muger; que hoy no consigue con el trabajo de sus manos;

son los verdaderos medios de conseguirlo. En los talleres, en las fábricas, la higiene pública es el ángel tutelar de esa gran familia industrial que respira una atmósfera viciada por los elementos de su arte; ella les prescribe los medios de neutralizarla y los acostumbra á la limpieza y moralidad, que es el principal elemento de su conservacion.

En la milicia, instruye al gefe del Estado cómo puede hacer mas fuertes los elementos del ejército, y menos daño á sus individuos: la forma y edad del reclutamiento, segun que sean ó no arreglados á los principios de la higiene, pueden dar un ejército vigoroso, que pueda sufrir sin detrimento las penalidades del servicio, ó un ejército inútil para el combate, gravoso al Estado por los gastos que aumente en los hospitales, y perjudicial á la sociedad, de la que arranca unos individuos que no vuelve ó se la entrega inútiles. ¿Pero á qué molestar mas vuestra atencion sobre la importancia de esta ciencia, descubriendo toda la escala de sus numerosas aplicaciones? No puede ser desconocida ante la ilustracion de este auditorio, pero sí recordando el cuadro de nuestra vida social, en que la ambicion, la intriga, los cambios políticos, los reveses de la fortuna, multiplicados por el afan de adquirirla rápidamente, nos agitan el ánimo y arrebatan el sosiego; si alguno, pues, ante esta triste perspectiva, ó con el dolor de alguna herida re-

ciente que en él haya hecho alguno de los vicios y miserias de nuestra sociedad, dudase de los beneficios de la civilizacion, creyendo una ilusion engañosa, y nada útiles á la especie humana todos los adelantos, todas las conquistas de la inteligencia, descubrirá su error muy pronto consultando las tablas de mortalidad de esos paises, centro de la civilizacion europea, donde la higiene pública ha llegado á su mayor altura; en ellas leerá: «la mortandad ha disminuido; el término medio de la vida del hombre se ha elevado.» Ante este dato irrecusable de la progresion insensible que hay en el género humano hácia la perfectibilidad, no valen los sofismas ni los argumentos de los que enemigos del verdadero progreso y civilizacion, no tienen otro medio de combatirla que presentar únicamente el cuadro vivo de las faltas de que adolece la sociedad moderna, ocultando lo que la da una inmensa ventaja sobre los tiempos de ignorancia y fanatismo.

Si la vida está, pues, mas asegurada hoy, y este beneficio se debe en Inglaterra, en Francia, Bélgica, Alemania y otros paises, á la estension de las luces, al desarrollo de la industria, á una buena organizacion de policia sanitaria que vigila por la salud pública, multiplicando los refugios para la vejez, para el enfermo, para el huérfano; disputando al fraude el alimento y las bebidas de los ciudadanos; infiltrando en las clases inferiores la mo-

ralidad, y destruyendo los focos de infeccion á que se hallan espuestos, propagando la vacuna y todos los medios de conservacion, séame permitido decir, *que la higiene pública es la medida de la civilizacion de los pueblos.*

Desgraciadamente en España tenemos que lamentarnos bajo este aspecto de lo mucho que nos falta para llegar al grado de perfeccion que es indispensable y todos deseamos; decir lo contrario, por temor de aparecer rebajados é inferiores, sería un mal entendido patriotismo: bastantes y tristes motivos tenemos que nos expliquen lo que sentimos.

La guerra de la libertad y el despotismo, ó sea de la civilizacion y la ignorancia, ha durado hasta vuestros dias, y son siempre bien prolongados los estragos de las armas; pero tiempo es ya de que obtengamos las ventajas de nuestro triunfo; tiempo es ya de que el gobierno atienda á la salud pública con todo el interés que se merece y reclama por su inevitable abandono.

Nuestros hospitales marcan en su construccion y en su administracion la época remota en que se fundaron; no há mucho tiempo se han hecho reformas en alguno de ellos, poco favorables á los enfermos, y nada conformes con los conocimientos científicos del dia. No tenemos hospicios separados para el anciano y el niño; las casas de maternidad, por su mala organizacion, no pueden satisfacer el gran fin á que

se destinan; los cementerios mal situados y peor contruidos; los edificios de una elevacion extraordinaria, y las habitaciones oscuras y mal ventiladas; la prostitucion sin la vigilancia útil y profiláctica de los males que ocasiona.

Tal es la situacion higiénica en que nos hallamos, aunque trazada de un modo rápido y ligero, que disminuye la triste sensacion que causara una reseña mas exacta y completa. No tengo la pretension de manifestar cuáles serian los medios de establecer una buena organizacion sanitaria que corrigiera al menos tales faltas, cuando hay corporaciones que por su instituto deben hacerlo y lo han procurado siempre: me permitiré únicamente manifestar, que uno de los motivos que mas influyen en el atraso en que estamos con relacion á otros paises, depende del poco aprecio que se hace de las clases médicas; créese que sus servicios estan limitados al ejercicio de la medicina en la visita domiciliaria, y se comete el gravísimo error de no consultar su opinion sobre infinitas cuestiones que afectan á la sociedad entera; y esto por otra parte produce otra fatalidad, que es la de no dedicarse los profesores al estudio especial de los muchos ramos que comprende la ciencia, y que por su estension exigen hoy cada uno de ellos formar una carrera separada.

Escítese, pues, el celo de las academias, de los consejos encargados de formular medios de la con-

servacion comun; preste el Gobierno su mas decidido apoyo á las medidas que sean dictadas; estímese al estudio de la higiene pública con el porvenir de una nueva carrera que tenga su debida recompensa, y podremos reclamar con justicia el puesto que nos corresponde entre los pueblos civilizados.

Me consuelo en creer que así se realizará, al recordar algunas disposiciones recientemente tomadas, y entre ellas la de haber sido representados muy dignamente por el Sr. Morlau en el Congreso sanitario celebrado en el extranjero.

¡Ojalá que mis esperanzas sean cumplidas!

Madrid 24 de Setiembre de 1852.





